

ÁLVARO BERMEJO

EL AMANTE DE
NEFERTITI

LA REINA FARAÓN

algaida
INTER

Primera edición: 2012

© Álvaro Bermejo, 2012
© Algaida Editores, 2012
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-846-5
Depósito legal: SE. 4130-2012
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. El Expediente Nefertiti	11
Capítulo 1	19
Capítulo 2	25
Capítulo 3	32
Capítulo 4	43
Capítulo 5	49
Capítulo 6	61
Capítulo 7	69
Capítulo 8	74
Capítulo 9	80
Capítulo 10	89
Capítulo 11	96
Capítulo 12	106
Capítulo 13	115
Capítulo 14	125
Capítulo 15	139
Capítulo 16	145
Capítulo 17	155
Capítulo 18	165

Capítulo 19	170
Capítulo 20	175
Capítulo 21	182
Capítulo 22	192
Capítulo 23	201
Capítulo 24	208
Capítulo 25	217
Capítulo 26	227
Capítulo 27	234
Capítulo 28	241
Capítulo 29	253
Capítulo 30	262
Capítulo 31	268
Capítulo 32	276
Capítulo 33	283
Capítulo 34	293
Capítulo 35	300
Capítulo 36	309
Capítulo 37	318
Capítulo 38	330
Capítulo 39	344
Capítulo 40	353
Capítulo 41	365
Capítulo 42	374
Capítulo 43	382
Capítulo 44	391
Capítulo 45	398

Capítulo 46	409
Capítulo 47	417
Capítulo 48	424
Capítulo 49	435
Capítulo 50	440
Capítulo 51	449
Capítulo 52	455
Capítulo 53	467
Capítulo 54	473
Capítulo 55	483
Capítulo 56	494
Capítulo 57	501
Capítulo 58	509
Capítulo 59	517
Capítulo 60	523
Capítulo 61	529
Capítulo 62	536
Capítulo 63	542
Capítulo 64	550
Capítulo 65	554
Capítulo 66	560

INTRODUCCIÓN

EL EXPEDIENTE NEFERTITI

EN EL DEPARTAMENTO DE OBJETOS PERDIDOS DE LA HISTORIA hay un lugar de honor para las tres tumbas más buscadas de todos los tiempos —excluyendo la de Jesucristo—. La de Alejandro Magno, la de Gengis Khan, y aquella que reúne los cuerpos de Akenatón y Nefertiti. ¿Quién fue en realidad esta misteriosa Reina Faraón que desafió a su destino, y en cuyo silencio podrían contenerse todas las claves de la Guerra de los dioses que convulsionó Egipto y fundó la primera gran religión monoteísta de la humanidad?

Su nombre casi sugiere un código genético. Se escribe así: NFR.U.ITN. O así: NFRT.Y.TY. En el primer caso se traduce como «belleza de Atón». En el segundo significa «La Bella ha llegado». Aquello que es «nefer» ha alcanzado la armonía suprema. Y, en efecto, la belleza de Nefertiti fue legendaria. Basta contemplar el soberbio busto policromado que se conserva en el museo arqueológico de Berlín, tocado por un alto y estilizado birrete. Todo el mundo conoce ese rostro de rasgos perfectos y expresión regia, a quien se comparó en vida con una estrella radiante. Lo que nos parece una obra maestra no es, sin embargo, otra cosa que un trabajo inacabado, un modelo de escultor. Aun así, transmite algo que está por encima de su exquisita belleza: una experiencia espiritual absoluta, la

de un ser que vive en el corazón de la luz porque sabe que ha conquistado la eternidad.

Nefertiti ejerció como la verdadera reina del mundo hace tres mil años, en ese Egipto que era el «eje» del universo conocido. Hizo el amor pero también la guerra, encarnó el alma viva de su reino, fue representada en un plano de igualdad junto a Akenatón, con la doble corona y los dos cartuchos reales. La Bella fue sin duda una mujer fascinante de una inteligencia singular, cuya trascendencia en la revolución espiritual —y política— que protagonizó Akenatón resulta comparable a la del llamado faraón místico, si no fue ella misma su inspiradora.

Se trataba de un desafío sin precedentes en la historia. Un joven monarca de apenas diecisiete años periclitó el sistema corrupto establecido por la poderosa casta sacerdotal de Tebas, suprimió el politeísmo y fundó una religión nueva centrada en el culto a Atón. Pero, junto con eso, también restauró el orden social de la edad dorada de Egipto presentándose a sí mismo como modelo, tanto en lo físico como en lo metafísico. El nuevo faraón renunció a que se le representara como un dios, mostró de una manera desnuda su dimensión humana, y predicó la fuerza revolucionaria del amor y de la compasión entre los hombres. No se lo consintieron. Su reinado apenas pudo mantenerse diecisiete años y es muy posible que su final se precipitara a consecuencia de una conspiración que acabó con la vida del gran transgresor. De hecho, inmediatamente después, sus sucesores demolieron hasta sus cimientos la nueva capital erigida por él en Amarna —Aketatón, la ciudad del horizonte de Atón—, arrancaron su nombre a martillazos de todas las estelas y pilonos en los que había sido grabado. En lo sucesivo, toda alusión a su persona quedó consignada bajo la fórmula «Kheru» —«el Caído» o «el Maldito»—, como si Akenatón no hubiera existido jamás.

No obstante, dos años antes de que se consumara el presunto magnicidio, Nefertiti desapareció misteriosamente. ¿Por qué razón?

Tres milenios después esta pregunta sigue abierta, y alimenta las conjeturas más dispares.

¿Fue su incapacidad para concebir un heredero varón que consolidara la dinastía lo que forzó a Akenatón a repudiarla y a emparejarse con una esposa secundaria, quien acabaría dándole ese ansiado hijo que años después subiría al trono con el nombre de Tutankamón? Durante el interregno que precedió a la coronación de este encontramos un faraón tan efímero como enigmático, llamado Smenjkara. Hay quien sostiene que Smenjkara fue un hombre de paja entronizado por los conspiradores palaciegos que acabaron con la vida de Akenatón. Junto a esta, ha prosperado otra hipótesis según la cual, bajo la máscara de Smenjkara, se ocultaría la propia Nefertiti. Entonces, ¿cabría la posibilidad de que fuera la gran despechada quien urdió la intriga contra su esposo? Si no fue así, y realmente jugó un papel decisivo en el Cisma de Amarna, también resulta verosímil que la conjura contra Akenatón comenzara precisamente por la eliminación de la Bella. Nada sabemos a ciencia cierta. ¿Qué sucedió en realidad?

Miles de profesionales y cincuenta misiones arqueológicas internacionales trabajan sobre el terreno en el país del Nilo, y en los laboratorios, museos y bibliotecas de todo el mundo, buscando una respuesta a esta cadena de enigmas.

Desde los inicios de la egiptomanía, surgida a partir de la expedición de Napoleón, en 1798, la búsqueda de la momia de la Señora de las Dos Tierras se focalizó en el valle de las Reinas, también conocido como el Ta Set Neferu —«El lugar de la belleza»—. Fue aquí, en 1829, donde Champollion y Rosellini encontraron las de Sat-Ra, la esposa de Ramsés I, y también la de Nefertary Meritamunt, la favorita de Ramsés II. Pero, sobre todo, este lugar contenía los restos de los jóvenes príncipes tebanos, y los investigadores acabaron descartando que pudiera resolver el «Expediente Nefertiti». Las pesquisas se centraron entonces en Amarna —la ciudad fundada por Akenatón—, pero, ya lo hemos dicho, tras la muerte del fa-

raón apóstata su capital fue literalmente borrada del mapa. Si algún día estuvieron allí, ¿qué sucedió con las tumbas de Akenatón y Nefertiti?

Gastón Maspero creyó que la incógnita estaba cerca de resolverse cuando, ya en 1881, un saqueador de tumbas acabó confesando que había descubierto un escondite de momias en Deir el Bahari. Nadie podía imaginar lo que les esperaba. En un estrecho corredor oculto entre los riscos aparecieron los sarcófagos de más de treinta faraones de capital importancia. Quienes los ocultaron allá lo hicieron con una intención evidente: evitar que fueran profanados por aquellos que, ya en su tiempo, expoliaban los hipogeos del valle de los Reyes. Bien pudiera ser este el enclave donde sus adeptos trasladaron los restos de Akenatón y Nefertiti. Pero no: ninguno de los sarcófagos acreditaba que su inquilino fuera o pudiera ser uno de los visionarios de Amarna.

No obstante, junto con las momias de los grandes faraones, en el escondite de Deir el Bahari apareció una bien inquietante. La habían sepultado en un ataúd blanco, sin ninguna inscripción que identificara a su dueño. ¿Un castigo para que no pudiera regresar a la vida? Al abrirlo se encontraron con un cadáver que despedía un olor nauseabundo envuelto en una ensangrentada piel de oveja. La oveja era considerada un animal impuro en el Antiguo Egipto. Emplearla como mortaja suponía mancillar la memoria del difunto por toda la eternidad. Pero había más. El rostro del cadáver aparecía desfigurado en una mueca horrenda, su boca se veía abierta, con la lengua fuera, estremecida en un grito de espanto. Igualmente su cuerpo se retorció en una contracción brutal, como si se debatiera por liberarse de las vendas que lo apresaban. Se impuso una evidencia aterradora: aquel hombre había sido momificado vivo, ya que todos sus órganos permanecían intactos en el interior de su abdomen. Pero, al carecer de la menor certeza acerca de su identidad, lo trasladaron a los sótanos del museo de El Cairo, donde permanece todavía a la espera de que un milagro resuelva la truculenta incógnita.

Entre tanto, las pesquisas regresaron al valle de los Reyes y, en concreto, a tres sepulcros conocidos como KV63, KV64 y KV35. En el año 2000 los británicos Geoffrey Martin y Nicholas Reeves detectaron por medio de rádares y entre las dos primeras, una cámara oculta que se conectaba con la tumba de Tutankamón, lo que les llevó a conjeturar que estaban cerca de la de Akenatón y Nefertiti. Pero, al poco de iniciar las excavaciones Zahi Hawass, el todopoderoso director del Consejo Superior de Antigüedades de Egipto, decidió retirarles el permiso para seguir trabajando. ¿Por qué? Hay quien lo atribuye al ansia de protagonismo de Hawass, obsesionado por capitalizar la repercusión mediática de este descubrimiento. No obstante, han corrido doce largos años, y el silencio persiste.

Con la KV35 ha sucedido algo semejante. En 2004 la doctora británica Joann Fletcher emprendió una indagación en esta tumba descubierta en 1898 por el francés Victor Loret. Encontró tres momias más, anónimas y desnudas. La técnica utilizada para su momificación sugiere que pertenecían a la XVIII dinastía. La posición del cuerpo de una de ellas, con el brazo derecho recogido sobre el pecho, indicaba que se trataba de una reina. Una reconstrucción de su cráneo por ordenador evidenció un parecido extraordinario con el busto de Nefertiti que se conserva en Berlín. Pero había algo más: al igual que la momia de Deir el Bahari, esta había sufrido un castigo espeluznante. Bajo el brazo que protegía su corazón aparecieron las huellas de una daga que solo podía pertenecer a alguien de rango elevado. La tesis de Fletcher apuntaba a una venganza de los sacerdotes de Amón. Los que tanto la odiaron en vida se conjuraron para que tampoco tuviera aliento en el reino de los muertos. Tal vez Zahi Hawass fue uno de ellos. Antes de que se emitiera el reportaje de Discovery Channel que contaba esta historia, desacreditó su investigación afirmando que carecía de todo rigor científico y expulsó a la doctora Fletcher del país, prohibiéndole la entrada en Egipto.

¿A qué obedecen estas batallas entre arqueólogos, tanta obstinación en la búsqueda y, sobre todo, la voluntad oficial de mante-

ner selladas las tumbas que podrían resolver el enigma de la Reina Faraón? Más allá de la dificultad de obtener ADN fiable de momias, que si han sido objeto de pillaje suelen estar muy contaminadas, la peripecia de la reina más buscada de Egipto se ha convertido en un verdadero «thriller arqueológico» donde todas las pistas se cruzan tejiendo un desafío tan inquietante como apasionante.

Hasta este momento hemos citado las cuatro líneas de investigación más conocidas. Ahora vamos a abordar una más. Aquella que permanece enterrada bajo las arenas de la historia, pese a que en su momento generó una considerable expectación mundial.

A comienzos del siglo pasado, en 1903, desembarcó en Alejandría la célebre Misión Arqueológica Italia. La dirigía el prestigioso profesor Ernesto Schiaparelli, director del museo egipcio de Turín, pero le acompañaban unos cuantos personajes singulares, entre los que destacaba un tal Alessandro de Caltagirone, un aventurero de fortuna y dudosa reputación, con fama de visionario.

En sus diarios, Caltagirone cuenta cómo un día, mientras vagaba por una cantera cerca de Hermópolis, un destello solar le condujo hasta un objeto sorprendente. Se trataba de una estela del tiempo de los faraones, pero lo que se plasmaba en ella resultaba muy extraño. Los personajes que la ilustraban tenían el cuerpo y el rostro deformados, sus facciones aparecían muy dilatadas, sus ojos se veían rasgados, sus orejas resultaban enormes, la nariz larguísima, la barbilla y los labios muy gruesos. Más aún, el cuerpo del rey presentaba particularidades insólitas: senos, caderas y pelvis femeninos, y carecía de sexo. La reina, por el contrario, aparecía como una gran sacerdotisa y llevaba en sus manos los sistros de la diosa Hator, con quien se identificó a Nefertiti. Por alguna razón que nunca conoceremos, Caltagirone no reveló a Schiaparelli su descubrimiento. A partir de ese día emprendió una excavación clandestina y obsesiva, en un paraje agreste que describe así: «imposible imaginar una desolación más profunda». La Misión Italia regresó sin él y nada más se supo de sus prospecciones. Pero catorce años después, en

1917, *Caltagirone* reapareció en Nápoles y brindó a la prensa un titular sensacional: *las momias de Akenatón y Nefertiti no estaban en Egipto, sino en el sur de Italia y, más concretamente, ¡en la isla de Capri!*

Podéis sonreír tanto como queráis. Al fin y al cabo, esa fue la respuesta unánime ante las declaraciones de aquel alucinado que se postulaba heredero de Cagliostro. Naturalmente, ningún arqueólogo sensato confirió la menor credibilidad a sus palabras y la «noticia sensacional» se diluyó por sí misma, sin que nadie volviera a interesarse por ella fuera del círculo de aristócratas extravagantes entre los que se movía. Pero, en adelante, una extraña agitación comenzó a apoderarse de la isla de Capri, que viviría una espiral de sucesos muy desconcertantes, comenzando por el asesinato del propio *Caltagirone*...

Lo que sigue es un relato que, si bien está fundado en una trama de personajes y hechos reales, no pretende ser otra cosa que literatura. Con una salvedad: cuando un enigma como el del «Expediente Nefertiti» continúa desafiando todas las respuestas, y generando más y más preguntas, ¿qué mejor herramienta que una ficción literaria para adentrarnos en esa dimensión invisible de la realidad donde la fuerza del mito se confunde con los laberintos del alma humana?

La historia misma siempre ha sido una construcción en gran medida literaria, un relato confeccionado entre imposturas, tergiversaciones e interpretaciones selectivas, a las que el caprichoso curso de los siglos acaba confirmando rango de autenticidad. Tanto es así que, a medida que nos remontamos hacia el pasado las líneas divisorias entre historia y leyenda se diluyen hasta desaparecer. Cuando la memoria se desvanece, solo queda el misterio. Y es al misterio mismo a quien hemos de interrogar.

Es posible que este mismo año, o el próximo, de nuevo Martin y Reeves, una segunda Joann Fletcher, o el mismo Zahi Hawass irrumpen en la actualidad asegurando que al fin han descubierto la

verdadera momia de Nefertiti. No les creáis. Mis personajes y yo tenemos razones fundadas para sospechar que ninguna expedición científica ni ningún arqueólogo llegarán a encontrarla jamás. Si queréis saber por qué, dejadme que os invite a compartir esta aventura.

El largo viaje apenas acaba de comenzar.

1

DESDE FINALES DEL SIGLO XVIII EL *GRAND TOUR* DE LOS *milores* puso de moda el viaje al sur de Italia. Aristócratas *byronianos*, artistas y escritores ávidos de exotismo, emprendían esta peregrinación romántica que llegaba hasta Capri. Nada les fascinaba más que aquella isla prodigiosa anclada en un mar azul cobalto frente a la bahía de Nápoles sobre la que se alzan las ruinas de las villas del emperador Tiberio, quien pasó aquí la última década de su vida en un destierro elegido por él mismo. Otra de las razones tenía que ver con las presuntas propiedades curativas del clima mediterráneo. La misma convicción que llevó a Roma a un Keats moribundo comenzó a salpicar la costa amalfitana de sanatorios para tuberculosos exquisitos, y Capri no fue una excepción. El hotel más elegante de la isla, el Quisisana, debe su nombre a una expresión literal: «Aquí se sana». Pero, a decir verdad, no era solo esa ambición de salubridad lo que fue convirtiendo sus espectaculares farallones en la puerta de entrada de un cosmopolitismo exultante, donde los príncipes de las casas reales europeas se cotejaban con banqueros suizos e industriales alemanes como el fabricante de armas Krupp —cuya pasión por Capri acabaría llevándole al suicidio—, y todos ellos con exiliados rusos tan pintorescos como Maxim Gorki, que se

estableció en una casita de la Marina Piccola, en 1906. La misma, donde dos años después, Lenin acabaría sentando sobre sus rodillas a la hija del jardinero, una niña con evidentes aptitudes capitalistas, para enseñarle las expresiones rusas más solicitadas en la isla: *¿Cuánto cuesta?* y *Hoy no hacemos descuentos*.

Entre tanto, la Policía Secreta enviada conspicuamente desde Roma para vigilar a los revolucionarios tenía que hacer milagros para no colisionar con las escoltas de los príncipes de Prusia y Suecia, mientras a su alrededor fluctuaban las abigarradas mareas de turistas de la agencia Cook y todo el alboroto propio de las gentes del lugar, que se abrían paso cargando cestas rebosantes de verduras y pescados sobre sus cabezas, y hablando a gritos en su bronco dialecto *caprese*. Allá, en la *piazzetta* del Orologio —la placita del Reloj—, la clientela de los cafés elegantes, vestida a la última moda de París, podía ponerse en pie y aplaudir al semental que subía a cubrir a las vacas de la colina tiberiana. El *spumante* lo reservaban para celebrar a las esculturales bañistas francesas que regresaban con sus *maillots* muy pegados al cuerpo tras zambullirse en las aguas de la Gruta Azul.

Inmune a las convulsiones de la Gran Guerra, preservada como un oasis donde no había ningún Palacio de Invierno que tomar al asalto, Capri constituía a comienzos del siglo XX un microcosmos perfecto de la Europa de su tiempo, incluidos sus más señalados demonios. Junto con las bañistas francesas, los aristócratas ingleses, los expatriados rusos y los tuberculosos austro-húngaros, no tardaron en aparecer, todavía en su fase larvaria, los fascistas de Mussolini. Su emergencia fue algo así como la versión siniestra del célebre *ballet Parade*, gestado durante ese viaje trascendental para las artes que trajo aquí a tres gigantes de la talla de Massine, Cocteau y Picasso. Con ellos llegaba la vanguardia, la creatividad salvaje, la extravagancia absoluta. Nada cambió. La naturaleza de la isla seguía imponiéndose a todo y a todos, preservando su magia particular con el sello de lo infinito.

Esta no es más que una manera poética de contar cómo en el Capri de 1920 el siglo nuevo ya era muy viejo, pues, sucediera lo que sucediese, allá nadie se asombraba de nada. Los paisanos, felices con la prosperidad que emanaba de los visitantes, hacían su vida, poco curiosos en algunos asuntos —en otros, implacables—, mientras que la colonia extranjera perseveraba en esa mezcla de «dignidad romana e indulgencia griega» que definía su atmósfera desde los tiempos del poeta Estacio. Todos los que llegaban a la isla de las Sirenas sedientos de placer, libertad y nuevas experiencias, no hacían sino aportar su propia biografía al engrandecimiento del mito.

La llegada de Kenneth Conway no tuvo nada de romántica, menos aún de mitológica. Tras desembarcar en la Marina Grande, una mañana de mayo de 1920, apareció en la *piazzetta* del Orloggio a lomos de uno de esos burritos —los *ciucci*—, que desde tiempo inmemorial han acarreado cargas y pasajeros desde el puerto a la parte alta de la isla. La estampa resultaba un tanto chocante, pues, a causa de su altura, los zapatos del escocés casi rozaban el suelo. Cuando intentó desmontar, el burrito comenzó a girar sobre sí mismo impidiéndole hacer pie. *Caravaggio*, que así se llamaba el *ciucci*, acabó derribando a Conway sobre una de las mesas del café Vittoria. Por suerte, cayó sentado. Desde la mesa contigua, un par de residentes alzaron sus copas en su honor. Un brindis por su heroica manera de mantener el equilibrio. El escocés esbozó una sonrisa esquinada y se pinzó el ala de su polvoriento sombrero. Su figura, que hubiera parecido estafalaria en cualquier otro paraje, resultaba de lo más discreta en aquel escenario. Chambergo de corte colonial, un largo gabán del mismo color antracita, y un sorprendente cabello rojizo que destacaba la palidez de su rostro y sus penetrantes ojos verdes. Su mirada, sin embargo, resultaba un tanto oblicua, como si fuera la de un estudiante distraído o un miope. Pese a que frisaba la cuarentena, Kenneth Conway transmitía la sensación de ser uno de esos adolescentes

que parecen estar siempre desplazados. Entonces, estaba claro, Capri era su lugar natural en el mundo.

Tan pronto como acomodó sus maletas, sacó de su gabán un cuaderno de tapas flexibles y comenzó a escribir, sin levantar la cabeza, salvo cuando el camarero vino a cantarle el menú del día.

—*Tre piatti, vino a volontà, prezzo cinque lire.*

¿No sabía que aquel *caciocavallo* era el mejor queso de Italia? Conway volvió a sonreír mientras mordisqueaba una porción. Enseguida, ya tenía delante una botella de vino amarillo de Trágarra —sulfuroso como la resina— y una ración de pulpos en miniatura, de un púrpura tan virulento que parecían cocidos en la misma tinta empleada para redactar la carta. Frente a él se alzaba la hermosa iglesia barroca de Santo Sefano, y, entre dos calles, se le ofrecía una vista espectacular del escenario que se extiende entre el cono volcánico del Vesubio y la isla vecina, Ischia, con la ciudad de Nápoles extendida a sus pies como un gran lagarto verde tendido al sol.

Aunque Conway tenía bastante con eso, mientras comía le resultaba imposible no oír el coloquio de los dos caballeros que habían brindado por él, en la mesa contigua. La voz del que llevaba la conversación no era ciertamente alta, pero resultaba incisiva cuando recitaba un texto literario. Aquel personaje de melena y mostacho becquerianos, rostro altivo y expresión de *condottiero*, era nada menos que Ezra Pound¹, el nuevo príncipe de la colonia de poetas trasterrados y residentes en Capri. Conway no lo reconoció. Aún faltaba mucho para que el gran excéntrico de la Generación Perdida se convirtiera en una celebridad mundial. Erudito, disidente y provocador, enamorado de la poesía oriental y del opio negro que se destilaba en el círculo del barón Fersen —de

¹ Tal como lo retrató Alvin Langdon Coburn, en 1920, cuando contaba 35 años.

quien hablaremos enseguida—, Pound contaba sus libros por escándalos. Le bastaban dos tragos de Corvo —su vino favorito— para ponerse a declamar cualquier obscenidad capaz de sofocar a los empataillados puritanos y a las encorsetadas damas que compartían la terraza del Vittoria. Pero aquella vez solo intentaba recordar un poema de Robert Browning, *La amante perdida*, que comienza así: «Entonces, si todo ha terminado, qué amarga suena la verdad». El pasaje que le interesaba llega bastantes versos después: «¿Nos encontraremos mañana, como siempre, amada mía...?».

—«¿...Y podré coger tu mano entre las mías?» —exclamó Pound buscando la complicidad de su acompañante.

Este, un tipo de aspecto meridional, calvo y atezado, cuyo rostro rebosaba sentimientos irreverentes, se limitó a chasquear su lengua. Pound continuó recitando, pero no podía recordar el último verso.

—«Diré lo que dicen aquellos que son simplemente amigos...».

Al llegar a ese punto se quedaba en suspenso y volvía a comenzar. Lo intentó varias veces, luchando en vano con su memoria. Conway aguardó a terminar su *espresso*, pagó la cuenta, recogió sus maletas y, cuando ya se iba, se volvió hacia él.

—El último verso dice: «¿O tal vez retendré tu mano en la mía un instante más, solo un instante más?».

Pound abrió la boca levemente, y la volvió a cerrar; su acompañante acarició la gardenia blanca que llevaba en el ojal, como un brujo poseedor de un hechizo. El escocés se alejaba hacia el hotel San Felice, al otro lado de la plaza y, enseguida, se interpuso entre ellos el cortejo fúnebre que descendía por las escalinatas de la iglesia de Santo Stefano con la banda por delante, discordante y atronadora, destrozando el *Requiem* de Verdi, y un caballo negro empenachado y sin montura cerrando la comitiva.

El difunto era Alessandro de Caltagirone, aquel aventurero visionario que había formado parte de la Misión Arqueológica Italia, el mismo que regresó asegurando que la momia de Nefertiti se hallaba en Capri, sin que jamás pudiera demostrarlo. ¿Tenía su muerte alguna relación con ese misterio? Diez años atrás, Conway había coincidido con Caltagirone en Egipto, pero entonces no podía imaginar que estaba viendo pasar su cadáver. Tampoco sabía que su anfitrión, aquel que le había invitado a la isla, fue uno de los mecenas de aquella expedición. Y menos aún que Ezra Pound también formaría parte del enigma. Cuatro de los protagonistas vivos y muertos de esta historia se conocieron así, sin reconocerse, mientras se cruzaban bajo la sombra del reloj de la *piazza* Umberto I. El barón Fersen al frente de la comitiva fúnebre de Caltagirone, Conway empujando ya la giratoria de su hotel, y Pound apurando un trago de vino, diciéndose, tal vez, que aquel episodio podía ser el comienzo de una extraña novela. Sobre todo por lo que sucedió después.